



**PALABRAS DEL CARDENAL JAIME ORTEGA ALAMINO, ARZOBISPO DE LA HABANA,  
DURANTE LA MISA DE EXEQUIAS POR EL PADRE MARIANO ARROYO MERINO  
EN LA S.M.I. CATEDRAL DE LA HABANA  
(Viernes 17 de Julio de 2009)**

**UN MANTO DE DOLOR Y DE TRISTEZA HA CUBIERTO NUESTRA ARQUIDIÓCESIS DE LA HABANA.**

*No se juzgan los sentimientos de un pueblo a partir de la actuación de unos delincuentes.*

Homilía pronunciada por el Cardenal Jaime Ortega Alamino, en la misa de exequias del padre Mariano Arroyo Merino. S.M.I. Catedral, 17 de julio de 2009.

Queridos hermanos y hermanas:

Un manto de dolor y de tristeza ha cubierto nuestra Arquidiócesis de La Habana desde el amanecer del lunes 13 de julio en que se supo la noticia del horrible asesinato perpetrado en la persona del Padre Mariano Arroyo. Los detalles de la tortura a que fue sometido el Padre Mariano, de la crueldad desplegada por sus asesinos para llevar a cabo tal acción criminal, nos llevaban a todos los que conocimos, tratamos y quisimos a este sacerdote ejemplar, del estupor y la tristeza a la indignación y al ansia de esclarecer tan terrible injusticia. En este indispensable y arduo ejercicio están enfrascados desde las primeras horas del lunes los servicios policiales especializados de nuestro país que lograron en las últimas horas localizar al asesino y sus presuntos cómplices.

Ha sido un trabajo minucioso y cualificado. Esto permitió que en pocas horas el ejecutor del hecho confesara su crimen. Agradecemos a los servicios policiales su premura y eficiencia.

En el caso del anterior asesinato del sacerdote Eduardo de la Fuente también se logró apresar a su ejecutor que confesó ser el autor del crimen. Agradecemos también a las autoridades el empeño puesto en la investigación de este caso que tuvo un proceso más complejo y demorado, sujeto ahora a juicio. En aquella ocasión los delincuentes ignoraban que habían matado a un sacerdote.

Al dolor como Pastor de ésta, mi querida Arquidiócesis de La Habana, que comparten conmigo haciéndome notar con expresiones de profunda cercanía y afecto, los sacerdotes de mi Presbiterio, los religiosos y religiosas y los feligreses de todas las parroquias, especialmente los de Regla, que sentían al Padre Mariano como ese gran Padre de familia amorosamente solícito por sus hijos, a ese dolor eclesial, se une mi dolor y el del clero y las personas consagradas cubanas ante las opiniones vertidas en medios de comunicación extranjeros sobre el desamor de los cubanos a los sacerdotes y otras consideraciones de ese estilo. Hay preguntas insidiosas que algún comentarista se atrevió a hacer, buscándole una significación antirreligiosa y aún antiespañola, con matices políticos al asesinato del Padre Arroyo. ¡Por Dios! No es odio a los sacerdotes por su condición de tales, ni odio a los españoles. No se juzgan los sentimientos de un pueblo a partir de la actuación de unos delincuentes, vulgares criminales de la peor especie que, desgraciadamente, existen en todas partes, incluyendo los sitios de donde proceden esos juicios.

Los sentimientos de afecto a los sacerdotes cubanos o misioneros de tantos países que entregan su vida al Señor para evangelizar en Cuba son éstos que se pueden constatar en estos días tristes y en otras ocasiones dolorosas o festivas: aprecio, gratitud, cariño y no sentir nunca como extranjero a nadie, aún menos a un español, a quien siempre nos unen lazos estrechísimos de afecto y hasta de sangre.

Me contaba el Padre Mariano al regreso de sus vacaciones anuales en España, que después de quince días en que saludaba a los suyos, en que encontraba a viejos amigos, tenía ya deseos de regresar a Cuba. Y voy a explicar sus razones, recordando aún el acento de cierto dolor con el que me las exponía: "Hay tanta frialdad religiosa, me decía, hay tanta secularización allí que no me hallo. El pueblo cubano tiene una calidez, una simpatía hacia la Iglesia y hacia el sacerdote en sus búsquedas de Dios, que aunque no conozca casi nada de religión, muestra un interés y una avidez que te entusiasman". Y me agregaba: "yo extraño mucho eso."

Cuando después de unos años en la Parroquia del Pilar, donde había hecho un trabajo pastoral de gran calidad, le pedí al Padre Mariano que fuera a Regla para atender ese Santuario de la Virgen, me dijo que aceptaba, pero que sería por poco tiempo,

pues pensaba retirarse a España después de tantos años de misión en Cuba y primero en Chile; para no llegar demasiado viejo a su Patria.

Pero sus sentimientos de afecto y apego a Cuba, a nuestro pueblo y a nuestra Iglesia le hicieron decirme un poco más tarde: “No se preocupe por lo que le dije de mi estancia en Cuba, yo pienso dejar mis huesos aquí.”

Se cumplió trágicamente su proyecto. Pero algo más deja entre nosotros el Padre Mariano: el amor, el respeto, la admiración y la gratitud de un pueblo y de una Iglesia que lo recordarán siempre.

Las coordenadas históricas y humanas de este hecho, hasta donde es posible, las he trazado brevemente. Pero como toda vida humana, como toda historia de hombres y de pueblos, tenemos que mirar también estas incidencias desde el ápice de la fe.

Más, ¿no será absurdo tratar de ver un plan de Dios en la injusticia, en la crueldad? ¿Qué explicación puede tener que un hombre entregado con amor a su prójimo para alabanza de Dios, sea recompensado con una muerte de este género?

En efecto, en el querer de Dios no entra el pecado, el pecado procede del hombre que hace un mal uso de su libertad violando la ley de Dios. Bajo este aspecto es justo decir que Dios no quiere este asesinato ni ningún otro mal. Pero en Jesús, que nos salva del mal y nos abre las puertas de la eternidad feliz, su acción salvadora se produce extrañamente a través del dolor que le infligen los hombres pecadores que lo llevan, en medio del rechazo, la traición y la tortura, hasta el suplicio de la Cruz.

Entramos así en la hondura del misterio, Dios redime al mundo por el dolor. El sufrimiento y la misma muerte no tienen la respuesta aparentemente lógica y simple que nosotros buscaríamos: el que sufre paga lo mal que ha vivido, el que no sufre, es recompensado por su buen vivir.

Esa no es la lógica de la Cruz, sino que la universalidad del sufrimiento, el hecho de que sea nuestro patrimonio común, permanece no explicable, pero se hace luminoso y redentor a partir de la entrega de su vida que hace Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios en la Cruz.

Todo sufrimiento queda ante nosotros con su realidad trágica de producir dolor, pero al mismo tiempo cobra sentido, es sacado del absurdo que parece ser su única definición por la Cruz de Cristo.

Las palabras de Jesús en el Santo Evangelio, que hemos proclamado hoy enuncian esta misteriosa verdad: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere no dará ningún fruto.”

Luego es necesario ese caer en tierra, ese asumir lo que parece aniquilación para que “haya fruto abundante.”

Todo cristiano hace el recorrido siempre singular de su vida con Cristo, nace con Él en el Bautismo, se alimenta de su Cuerpo y de su Sangre en la Eucaristía y esto le permite crecer como humano y como hijo de Dios y, si quiere ser en verdad discípulo, tendrá que tomar de un modo u otro la Cruz para seguir al Señor.

Esto es aún más notable en el sacerdote, que presenta cada día la ofrenda del Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Santa Eucaristía. De este modo se va configurando a Cristo en un don de sí que genera vida.

A este camino de entrega para la salvación de los hombres quiso Jesús asociar al Padre Mariano al llamarlo al sacerdocio. Y ¿quién de nosotros, queridos sacerdotes, al conocer horrorizados los últimos sufrimientos de su vida mortal no pensó en Cristo Crucificado, en su soledad terrible, en su ofrenda al Padre, en su perdón para los verdugos que lo martirizaban?

Acoge, Señor, esta última ofrenda del Padre Mariano. La unimos ahora a la ofrenda de tu Cuerpo y de tu Sangre por la salvación del mundo, que hacemos en esta Santa Eucaristía. Y así, el tránsito doloroso del Padre Mariano unido al tuyo, será motivo de salvación para muchos.

Esperamos que su deposición en tierra dé ese fruto abundante que en el orden del espíritu, tanto necesita nuestro pueblo, para que no crezca entre nosotros la violencia, para que se frenen los instintos primitivos que empañan la vida social, para que realmente el pueblo cubano conserve esos valores de amistad, de simpatía, de acogida que el Padre Mariano tanto apreció y gustó.

En tus manos, Padre de Bondad, encomendamos a tu hijo Mariano a quien Tú llamaste a participar sacramentalmente del Sacerdocio de Cristo.

Recíbelo en tu Reino, donde el amor que Él predicó y vivió triunfa definitivamente del mal.

Concédele Señor, el descanso eterno

y brille para él la luz perpetua.